



Calvo, María de los Ángeles. "De hidalgos, caballeros y duques: representación del estamento nobiliario en *Don Quijote*".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, marzo de 2019, vol. 8, n° 15, pp. 18-29.

De hidalgos, caballeros y duques: representación del estamento nobiliario en *Don Quijote*

Noblemen, knights and dukes:
representation of the noble estate in *Don Quixote*

María de los Ángeles Calvo¹

Recibido: 12/01/2019

Aceptado: 01/02/2019

Publicado: 08/03/2019

Resumen

Al analizar la representación del estamento nobiliario en la primera y la segunda parte de *El Quijote*, escritas con diez años de diferencia (1605 y 1615 respectivamente), advertimos ciertas semejanzas; en ambos casos los personajes de la nobleza son cuantitativamente muy inferiores a los pertenecientes al estado llano, y en las dos partes aparecen miembros de la nobleza alta y de la baja nobleza. Sin embargo, las diferencias resultan mucho más significativas porque dan cuenta de una mirada epocal diferente en la que la crisis económica y social se ha agravado, el sueño imperial poco a poco se desmorona y nuevos actores irrumpen en el escenario social resquebrajando los cimientos del Antiguo Régimen.

Palabras clave

Nobleza; ejemplo social; representación estamental; crisis.

Abstract

To analyze the representation of the noble class in the first and the second part of *Don Quixote*, written ten years apart (1605 and 1615 respectively) we notice certain similarities, mainly that, in both cases, the characters of the nobility are quantitatively very lower level State-owned characters, and appearing in two parts by members of the high nobility and the lower nobility. However, the differences are much more significant because they realize a look different epochal in which the economic and social crisis has worsened, the imperial dream is slowly crumbling and new actors break into the social scene cracking the foundations of the Old Regime.

Keywords

Nobility; social example; estate representation; crisis.

¹ Licenciada en Letras, actualmente finalizando la Maestría en Letras Hispánicas, ambas por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Allí forma parte de la cátedra Literatura y Cultura Españolas I (Departamento de Letras, Facultad de Humanidades) y realiza tareas de investigación dentro del Grupo GLiSO (Grupo Literatura Siglo de Oro), perteneciente al CeLeHis (Centro de Letras Hispanoamericanas). Contacto: mdeloscalvo@gmail.com.



Celina Sabor de Cortázar en su artículo “La sociedad española del 1600” afirma que si bien la obra literaria no es un documento histórico “es producto de un momento histórico y cultural determinado” y como tal “tiene que responder a la coyuntura histórico-social en la cual se produce” (41), Henri Ettinghausen de manera análoga sostiene: “El *Quijote* es una obra enraizada en su espacio y su tiempo” y agrega “y además, es consciente de ello” (25). Partiendo de tales aseveraciones y teniendo en cuenta la capacidad narrativa de Cervantes, resulta pertinente considerar al *Quijote* como una representación de la sociedad española del XVII, no al modo de un realismo decimonónico sino a través de la mirada de un hombre que, como todo gran artista, supo plasmar en su obra las tensiones de una sociedad como la española de las dos primeras décadas del siglo XVII. España había sido y estaba dejando de ser. El gran Felipe II sería sucedido por el negligente Felipe III y su valido el Duque de Lerma. La crisis económica, política y social se iría agravando con el correr de los años, el sueño imperial marchaba irremediamente hacia su decadencia.

No busquemos en la novela un documento que dé cuenta de la crisis de una organización social sino la representación del espíritu de una época y un lugar determinados. Citando nuevamente a Ettinghausen: “puede afirmarse con toda seguridad que la novela participa plenamente del ambiente de introspección colectiva, y hasta de pesimismo, de principios del siglo XVII tipificada por la labor de autores satíricos, morales y arbitristas” (39).

Bartolomé Bennassar caracteriza la España del Siglo de Oro como una etapa plena de desigualdades de diferente índole: de fortuna, condición social, criterios de pureza de sangre, diferencias entre las sociedades centrales y las periféricas. Podríamos decir que hoy, cuatro siglos después, las desigualdades siguen existiendo, sin embargo la diferencia fundamental entre el Antiguo Régimen y la estructura social posterior a la Revolución Francesa es que, en primer lugar, las desigualdades no sólo eran una realidad de hecho sino que eran legales, sancionadas por ley, y la segunda gran particularidad era que las diferencias jerárquicas no tenían en cuenta, en principio, los niveles de vida material (aunque la riqueza solía ir unida a la hidalguía). La leyenda del desinterés económico de la nobleza se basa, en palabras de Domínguez Ortiz, en:

un equívoco; los nobles desdeñaban la riqueza obtenida con el propio esfuerzo, pero mostraban gran apetencia por la que les caía en forma de maná providencial. No fue creadora de riquezas, no hizo inversiones productivas, disipó una buena parte del caudal de la nación en mantener una legión de ociosos. (114)

Lo que daba a esta sociedad estamental² su rigidez era la distinción fundamental entre nobles y plebeyos. Como grupo social los nobles o hidalgos (en ocasiones ambos términos son utilizados como sinónimos) eran sólo una décima parte del total de la población, aunque en el siglo XVII este número se incrementó notablemente debido a que la venta de títulos de nobleza se tornó uno de los medios principales que tuvo la corona para intentar superar el déficit económico. El porcentaje de nobles variaba notablemente de una región a otra de la península. A modo de síntesis se puede decir que en el norte había muchos nobles pobres, en tanto que en el sur eran pocos y ricos (este dato resulta relevante para comprender el poder de personajes como don Fernando en la primera parte de la novela cervantina y los Duques en la segunda).

Dentro del mismo estamento existía una estricta jerarquización que ubicaba a los Grandes³ en la cima de la pirámide, luego se hallaban los Títulos, condes y marqueses, que

² La sociedad durante el Antiguo Régimen estaba compuesta por tres estamentos, dos de ellos privilegiados (la nobleza y el clero). Hablar de “clases” sería incorrecto porque la estratificación en clases responde a criterios que toman en cuenta aspectos económicos.

³ Los Grandes poseían con frecuencia sangre real, se llamaban “primos” del rey, ante el cual no se descubrían y eran apenas veinticinco familias en la época de Carlos V.

junto con los Grandes conformaban la alta nobleza; por debajo de ellos en la nobleza baja o menor se encontraban los caballeros y, por último, en el escalón más bajo del estamento nobiliario, se ubicaban los hidalgos.

Desde la Edad Media la organización se basaba en que cada persona ocupaba una posición social determinada y fija que establecía la función que habría de desempeñar. Existía, en esta cosmovisión, un modo de ser o naturaleza hasta el punto de que los sentimientos y las virtudes correspondían exactamente a la pertenencia estamental de cada uno. Tal como afirma Maravall “la función y la posición de la aristocracia significaba, no como presunción, sino como determinación natural (...) la riqueza, la cortesía como educación social de fondo, la sabiduría, el amor y el honor, y toda una constelación de virtudes –la generosidad, el valor, etc.–” (25). Y si bien ya avanzado el siglo XVII, España sufría una severa crisis económica, social y política, Bernabé Moreno de Vargas en 1636, en sus *Discursos de la nobleza de España*, afirma:

Cosa tan ajustada a razón y tan excelente y heroica es la nobleza que ningún género de cosas hay (...) en que no se deje de hallar una semejanza de ella (...) unos son superiores a otros y tiene por sus virtudes y por la gracia del rey grados de nobleza y gloria más aventajados que los otros (...) por esta razón estimamos mucho a los nobles, porque confiamos de ellos han de imitar el valor, y seguir la virtud de sus ascendientes y mayores; y porque en ellos más que en plebeyos hallamos modo y camino para ello (...). De aquí procedió la causa porque el derecho los venera y honra tanto, disponiendo que sean reverenciados de todos, y concediéndoles grandes privilegios e inmunidades –folio 52–. (García Hernán 79-80)

La intención de este trabajo es analizar en ambas partes del *Quijote* los personajes masculinos de la nobleza más relevantes para marcar las diferencias en la representación estamental que se advierten entre la novela de 1605 y la segunda parte de 1615.

En el *Quijote*, al igual que en la España de la época, los nobles son una minoría. De hecho, al analizar los más de setecientos personajes que pululan a lo largo de los 126 capítulos que componen las dos partes de la novela, cerca del noventa por ciento de ellos pertenece al estado llano. Por otro lado, no todos estos personajes de la nobleza son igualmente importantes en la trama narrativa, además del protagonista dos figuras masculinas, Cardenio y don Fernando, tienen en la primera parte una actuación cuantitativa y cualitativamente significativa; en tanto que en la novela de 1615 dos son los personajes nobles destacables: don Diego de Miranda y el Duque.

A continuación haré un breve análisis de cada uno de ellos considerando tanto el carácter como la conducta de estos personajes.

En primer término, me referiré al protagonista. La ambigüedad rodea su presentación. Dos ejes fundamentales como el tiempo y el espacio carecen de precisión aunque el cronotopo inicial da cuenta de cierta cercanía temporo-espacial: “En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo” (I, 1 23). Un tercer elemento que reviste las mismas características es el nombre: “quieren decir que tenía el sobrenombre Quijada o Quesada (...); aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quejana” (I, 1 23-24), un poco más adelante un labrador vecino lo llama “Señor Quijana” y el narrador comenta “que así se debía llamar cuando él tenía juicio” (I, 5 47). Es decir, en los primeros capítulos se lo llama de tres maneras diferentes. Cervantes, tan preciso y detallista en los puntos esenciales de la narración tiene especial empeño en rodear de imprecisión y vaguedad algo tan sencillo. Sin embargo, no hay imprecisión alguna respecto de su ubicación social: es un hidalgo pobre rural. La palabra hidalgo es repetida en varias ocasiones en los párrafos iniciales: “vivía un hidalgo”, “frisaba la edad de nuestro hidalgo”, “este sobredicho hidalgo”. Presenta en su descripción los rasgos externos que caracterizaban al

hidalgo pobre de aldea: comida frugal, vestido de buena apariencia aunque pasado de moda y, como testimonio de su linaje, la percha o astillero de donde colgaban las armas mohosas de los antepasados:

vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor. Una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos, consumían las tres partes de su hacienda. El resto della concluían sayo y velarte, calzas de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los días de entresemana se honraba con su vellorí de lo más fino. Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba a los veinte, y un mozo de plaza y campo, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera. (I, 1 24)

Antonio Rey Hazas afirma que esta descripción se corresponde con la habitual de un característico hidalgo campesino, aunque aclara que pertenece a la prestigiosa rama de la hidalguía *de solar conocido*, la más antigua y que aventajaba en rango y categoría a los *hidalgos notorios* y a los *hidalgos de ejecutoria*.⁴ En el capítulo XXI de la primera parte Quijote dirá: “bien es verdad que yo soy hijodalgo de solar conocido, de posesión y propiedad y de devengar quinientos sueldos” (157). El protagonista conforma una nueva personalidad de caballero andante abandonando su antigua vida, pero remarca, sin embargo, su carácter de hidalgo de solar conocido.

La primera parte de la novela se titula *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, pero ya en la segunda página el narrador lo llamará “pobre caballero”, anticipando de algún modo la usurpación de título que hará el personaje (tal como lo entiende, respecto al linaje, Stoopen Galán *Los espacios de la intimidad*). La estratificación es estricta, un caballero es un hidalgo con fortuna que conserva un patrimonio que le permite llevar una vida desahogada, y ese no es el caso de Quijote quien no puede endilgarse el tratamiento de *don*. Varios personajes cuestionarán esta usurpación. En el capítulo II de la segunda parte, Sancho, ante una pregunta de su señor sobre la recepción que ha tenido la primera parte en la consideración del vulgo, de los hidalgos y los caballeros, dirá: “Los hidalgos dicen que no conteniéndose v.m. en los límites de la hidalguía, se ha puesto *don* y se ha arremetido a caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra, y con un trapo atrás y otro adelante” (II, 2 452). Más adelante, Teresa Panza refiriéndose a don Quijote exclama: “yo no sé, por cierto, quién le puso a él *don* que no tuvieron sus padres ni sus agüelos” (II, 5 469). En el capítulo siguiente la sobrina increpa al protagonista diciéndole al hablar de su tío:

dé en una ceguera tan grande y en una sandez tan conocida, que se dé a entender que es valiente, siendo viejo, que tiene fuerzas, estando enfermo, y que endereza tuertos, estando por la edad agobiado y, sobre todo, que es caballero, no lo siendo, porque, aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres. (II, 6 473)

Remarco la expresión “sobre todo” porque destaca como lo más importante esta impropia ubicación estamental. Recordemos algunos refranes de la época que corroboran lo dicho: “Quien no tuviese dinero no se llame caballero”, “El algo hace al hidalgo, y el mucho dinero al caballero”; el autor seguramente los conocía, y los pone en boca de un personaje

⁴ Según el Gran Memorial (1624) del Conde Duque de Olivares, por ejemplo, existían los tres grupos mencionados, con el mismo orden jerárquico: “hidalgos solariegos y descendientes dellos; hidalgos notorios, que no tienen solar, ni más origen aquella nobleza que haber sido tenidos y estimados por tales; hidalgos de privilegio” (Elliott y de la Peña I, 60).

plebeyo que piensa lo que la sociedad de la época debía opinar al respecto. Se puede afirmar entonces que Cervantes es consciente de las transgresiones estamentales de su personaje.

Rey Hazas es terminante al afirmar “carece, por tanto, de una condición medular, imprescindible: de dinero” (143). La riqueza era una condición indispensable para que un hidalgo de solar conocido pudiera ser considerado caballero, pero cita además otras dos condiciones que se requerían para pertenecer a la elite nobiliaria: estatuto jurídico privilegiado y reconocimiento social. Hace referencia además a las condiciones enumeradas en el *Floreto de anécdotas* donde se exige a los hidalgos poseer las siguientes condiciones para ser considerado caballero: “La primera y más principal es el valor de la propia persona en prudencia, en justicia, en ánimo y en valentía [...]. La segunda [...] es la hacienda, sin la cual ninguno vemos ser estimado en la república [...]. La tercera es la nobleza y antigüedad de sus antepasados [...]. La cuarta es tener alguna dignidad o oficio honroso [...]. La quinta [...] es tener buen apellido [...]. Lo sexto [...] es buen atavío de su persona, andar bien vestido y acompañado de muchos criados” (143). Como puede verse no cumple con todas las condiciones requeridas, en especial en lo concerniente a su riqueza patrimonial, no tiene hacienda importante, ni oficio honroso, ni buenos atavíos, ni numerosos criados.

Otra característica de la aristocracia española que también se refleja en la novela es el carácter ocioso de la nobleza. Cuando decrece la importancia de la caballería a causa de la invención de la pólvora, los hidalgos pierden su principal fuente de ingresos (el botín de guerra) y quedan reducidos a una vida ociosa; vegetan en sus aldeas, entregados a actividades improductivas ya que por imperativo social la práctica de algún oficio o trabajo manual resulta infamante. La falta de una profesión “digna” como requerían los imperativos sociales de la época lleva al protagonista de la novela al ocio: “los ratos que estaba ocioso, que eran los más del año, se daba a leer libros de caballerías [...] Y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías” (I, 124). Este carácter ocioso definirá también las actividades de otros personajes nobles como se verá más adelante.

Don Quijote se construye paso a paso, reemplaza el axioma de la nobleza “soy quien soy” por otro que anticipa el individualismo moderno: “soy quien quiero ser”. Primero decide alejarse de su tranquila y sedentaria vida para abrazar ideales anacrónicos; para ello acondiciona a modo de armadura viejas y herrumbradas armas, da nuevo nombre al caballo, se bautiza a sí mismo, alejándose de la incertidumbre de Quijada o Quesada, a partir de entonces será don Quijote de la Mancha, y el narrador desde este momento no duda en llamarlo también *caballero*: “como buen caballero”, “alabado caballero”, etc. En la segunda parte se cambia en el título *hidalgo* por *caballero*: *El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha*. Un último paso en la conformación de su nueva vida es la designación de quiénes serán los seres que lo han de acompañar, como presencia real o como fuente inspiradora de sus acciones: decide que la rústica Aldonza Lorenzo sea Dulcinea del Toboso, su “dulce señora” y en el capítulo VII convence a un labrador vecino “hombre de bien (...) pero de muy poca sal en la mollera” (I, 759) para que sea su escudero. Una caracterización profunda del personaje amerita y ha dado ya lugar a concienzudos trabajos, pero no es mi intención en este caso hacer un análisis exhaustivo de don Quijote sino destacar dos cuestiones: la ubicación social del personaje, su carácter de “hidalgo rural pobre”, y el sentido trasgresor de la autoconstrucción donde rompe con la estructura estamental que le corresponde.

En el capítulo XXIII aparece otro personaje del estado nobiliario, Cardenio que será uno de los cuatro protagonistas de la historia de amores y desencuentros incluida en la trama de la novela que empieza en el capítulo XXIII y se resuelve en el XXXVI (aunque recién en el XLVII los cuatro personajes se despedirán del hidalgo). Es la más extensa de las historias intercaladas de esta primera parte.

Antes de la aparición del joven Cardenio, el narrador habla del hallazgo de una maleta (que como se sabrá más adelante es suya) en la que encuentran: “cuatro camisas de delgada holanda, y otras cosas de lienzo no menos curiosas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro (...). Y buscando más halló un librito de memoria, ricamente guarnecido” (I, 23 171).

De estas palabras se infiere que tales hallazgos no pertenecen a un hombre del pueblo, su dueño posee ciertos recursos económicos y además sabe escribir.

La caracterización de Cardenio se va construyendo a partir de los dichos de otros personajes (“mancebo de gentil talle y apostura”, “caballero”, “su gentileza era tanta”), de palabras y comentarios del narrador (“desdichado loco”, “persona que tales hábitos tenía no debía ser de ínfima calidad”) y de la autopresentación: “mi nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores desta Andalucía; mi linaje noble; mis padres ricos; mi desventura tanta...” (I, 24 179). La imagen que finalmente tenemos de él es la de un joven que posee todas las virtudes atribuidas tradicionalmente a la aristocracia: riqueza, cortesía, sensibilidad, amor, honor, bonhomía, valor, gentileza, generosidad; sólo que está loco, pero su locura es fruto de profundos y elevados sentimientos amorosos que en la representación tradicional del imaginario de la época resultan un atributo estamental.

Relacionado con esta desventurada historia del enamorado Cardenio aparece, en esta primera parte, otro personaje del estamento privilegiado, don Fernando, que como se irá conociendo, es el que ha provocado la desdicha y posterior locura del joven que es justamente quien hace la primera referencia a este tercer personaje: “¡Ah fementino Fernando! ¿Aquí, aquí me pagarás la sinrazón que me hiciste: estas manos te sacarán el corazón donde albergan y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente el fraude y el engaño” (I, 23 176).

Luego de este hiperbólico parlamento, que condice con su carácter de noble ultrajado, en el capítulo siguiente y con palabras más calmas, Cardenio dirá quién es este don Fernando que tantas desdichas le ha causado: es el hijo segundo del duque Ricardo, que “como debéis de saber, es un grande de España que tiene su estado en lo mejor desta Andalucía”⁵ (I, 24 180); es caracterizado como “mozo gallardo, gentil hombre, liberal y enamorado”, cuenta que como mera diversión y capricho ha enamorado, engañado y abandonado a una bella y rica labradora (Dorotea), y que luego de oír las descripciones que Cardenio hacía de su amada Luscinda quiso conocerla y que al verla “enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto y, finalmente, tan enamorado...” (I, 24 182). Se narra la posterior traición de quien era supuestamente su amigo, el casamiento con la muchacha, la huida de Luscinda y la búsqueda de la abandonada Dorotea que pretende hacer cumplir al inescrupuloso don Fernando la promesa matrimonial que le había hecho. Resumiendo, en este episodio intercalado aparecen dos personajes nobles (aunque de diferente jerarquía social), uno que sufre la desdicha de haber perdido su amor y otro que detenta el poder para engañar a una bella y rica labradora, y pretender casarse con otra joven de la nobleza que no lo ama.

La prehistoria de este episodio protagonizado por dos parejas, que presenta amor, traiciones, engaños, confusiones y demás peripecias dignas de una novela bizantina, se va construyendo a partir de diferentes relatos, y los lectores la vamos conociendo desde varios puntos de vista. Don Quijote es un mero testigo de los cuentos y avatares de esta historia que revela la condición de inferioridad de los integrantes del estado llano (aunque poseyesen una cuantiosa fortuna como Dorotea) y de los miembros de la nobleza baja, quienes podían mejorar su situación si lograban la protección de alguien de la alta nobleza (como en principio habría

⁵ Al referirnos a la distribución de los nobles en la península dijimos que en el sur había menos pero más poderosos y acaudalados. El duque Ricardo es en la novela un ejemplo de ello: se reitera su condición de “grande” y se nos dice que su hijo mayor ha de heredar un estado (220).

sucedido con Cardenio), pero que a la larga, a pesar de su virtud y su riqueza, se ven sometidos a los caprichos de quien se ubica por encima de ellos en la pirámide social.

Don Quijote y Cardenio son figuras dignas, portadores de nobles sentimientos, desmesurados y heroicos en sus acciones y parlamentos; ambos han perdido la razón una a causa de una vida ociosa que le permitió leer hasta enloquecer; el otro, por amor. En cuanto a Don Fernando, para entender su idiosincrasia resultan claras las consideraciones de Caro Baroja:

La antigua nobleza, para que se la distinguiera de la que fue creada con dinero recién hecho, se fundaba en la misma tradición guerrera y en una ética que originariamente no tenía sus raíces en el cristianismo, puesto que las normas de conducta estaban dominadas por la idea del orgullo de linaje, que era, además orgullo de raza. (136)

Cuando Cardenio ocultándose asiste al casamiento de Luscinda y don Fernando exclama: “¡...traidor don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida!...considera que no puedes cristianamente llegar al fin de tus deseos, porque Luscinda es mi esposa y yo soy su marido” (I, 27, 213). En definitiva, roba “la gloria” y olvida los deberes de buen cristiano. Este parlamento ejemplifica perfectamente las palabras de Caro Baroja y permiten ubicar la ética y conducta del personaje en valores propios de lo que el autor llama “antigua nobleza”. Cardenio, en cambio, esgrime valores de “caballero” y de “cristiano”.

Sin embargo, a pesar de su comportamiento prepotente, de la deslealtad que comete para con Cardenio “el valeroso pecho de don Fernando, en fin, alimentado con ilustre sangre, se ablandó y se dejó vencer de la verdad” (I, 36 298). Respondiendo a los imperativos éticos tradicionales que hacían de la nobleza ejemplo de virtud y haciendo gala de su encumbrada posición social, da fin a la situación recomponiendo el orden, cumpliendo la promesa de casamiento hecha a Dorotea y permitiendo la unión de Cardenio y Luscinda.

A modo de síntesis, los dos personajes masculinos nobles (aparte del protagonista) a los que he hecho referencia responden a su ubicación en la jerarquía social: Cardenio reúne las virtudes de noble caballero cristiano, pero es jerárquicamente inferior a don Fernando, hijo de un duque de Andalucía,⁶ que es en definitiva quien digita las acciones y determina el destino de los personajes involucrados en este episodio.

En la segunda parte de la novela, escrita diez años después, también encontramos además del protagonista figuras masculinas de la nobleza, al igual que en la primera parte son una minoría y algunos pertenecen a la nobleza menor y otros a la alta nobleza.

Desde los capítulos iniciales la situación de la aristocracia y el comportamiento de los nobles parece ser una preocupación. En el capítulo primero don Quijote dice: “los más de los caballeros que agora⁷ se usan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman” (II, 1 447). La crítica del personaje denota su malestar porque el guerrero ha devenido cortesano. Hay además una serie de pasajes en los que se debaten cuestiones de movilidad social y la relación entre la nobleza y la riqueza. Citemos como ejemplo el capítulo IV que significativamente se intitula: “De lo que le pasó a don Quijote con su sobrina y con su ama, y es uno de los más importantes capítulos de toda la historia”. ¿Por qué es tan importante?, no aporta nada a la acción, pero va a dejar en claro cuál es la concepción de Cervantes y su alter ego don Quijote acerca de la nobleza y su relación con un valor cada vez más relevante: el dinero. El desarrollo de la novela no hará sino ejemplificar en el accionar de los personajes tales conceptos:

⁶ En las notas a la edición n de Huemul, Celina Sabor e Isaías Lerner comentan que tal vez se refiera al duque de Osuna cuyo hijo segundo, don Pedro Girón, sedujo a doña María de Torres con la cual nunca se llegó a casar (I, Capítulo 28, cita 8, p. 220).

⁷ Nótese la utilización del adverbio “agora” que indicaría una ruptura respecto de tiempos pasados.

Como he anticipado al comienzo, me centraré sólo en dos personajes nobles porque a mi entender son los que poseen un mayor peso en la trama narrativa. El primero de ellos es don Diego de Miranda, a quien Quijote denomina “Caballero del Verde Gabán” (en alusión al atuendo de viaje que llevaba al verlo por primera vez). Las descripciones de don Quijote y don Diego, hechas en el capítulo primero de la primera parte y el dieciséis de la segunda respectivamente, resultan una suerte de paralelismo inverso, se tratan los mismos aspectos, pero las características de ambos resultan antitéticas. La precaria situación económica del protagonista se opone a la de don Diego quien se reconoce “más que medianamente rico”, el caballero habla de su entorno familiar, sus ocupaciones y sus “seis docenas de libros”. En el mismo capítulo, don Quijote destaca su existir desde que decidió hacerse caballero andante y del éxito que su historia ha tenido “treinta mil ejemplares se han escrito de mi historia”, lo demás no parece ser digno de mención. Ambos son hidalgos rurales y rondan los cincuenta años, pero las diferencias son notables: en tanto que la ambigüedad rodea nombre, tiempo y espacio de Quijote, don Diego (que sí puede por su situación económica holgada usar el título de *don*) es claro en cuanto a nombre, entorno, ocupaciones y pasatiempos. Sus lecturas se centran en libros piadosos y de historia, no lee en profundidad “más los que son profanos que los devotos”, no ha perdido por ellos la razón y además no ha permitido que en su casa entrasen los libros de caballerías. Quijote no tiene familia propia, es soltero y sin hijos, vive con un ama y su sobrina. Don Diego, en cambio, posee esposa e hijos y con ellos pasa la vida.

Ambos personajes, como buenos hidalgos, gustan de la práctica de la caza, pero aquí también se encuentran diferencias: en tanto que entre las posesiones de Quijote se menciona un galgo corredor, don Diego aclara que si bien la caza y la pesca son sus ejercicios “no mantengo halcón ni galgo”, animales emblemáticos de la nobleza cazadora. Sus caballos también resultan antitéticos, frente al pobre Rocinante, viejo y lleno de huesos, el Caballero del Verde Gabán viene montado en “una hermosa yegua tordilla”.

Las ropas y atuendos de ambos dan cuenta no sólo de su situación económica sino también de la conducta delirante del protagonista que en su locura ha convertido en armadura de caballero un montón de herrumbrosas partes que ha completado con unos cartones a modo de celada y una bacía de barbero como yelmo. Baste recordar simplemente el gabán de fino paño verde de don Diego para marcar la diferencia.

Me he detenido bastante en esta suerte de paralelismo antitético porque don Diego resulta la contrafigura del protagonista porque sus condiciones materiales y sus ideales de vida son totalmente opuestos. “Dorada medianía en todo”, como lo define Celina Sabor (*La sociedad española* 49). Frente a la desmesura de Quijote, don Diego se limita a las lecturas que no exalten la imaginación, opta por una vida familiar y sedentaria, prefiere la tranquilidad al ensueño, la aceptación de la rutina a la aventura. Representa la cosmovisión de una protoburguesía, alejada de cualquier ideal heroico y caballeresco. La crítica lo ha considerado uno de los personajes secundarios mejor delineados a pesar de no abarcar su intervención en la novela más que tres capítulos.

Llegamos finalmente al Duque, el único de los personajes de la nobleza al que no se le atribuye ni nombre ni sobrenombre. Como se ha visto, con el nombre del protagonista (Quijana, Quejana, Quesada) Cervantes ha querido establecer una estrategia narrativa de ambigüedad, tiene nombre “real”, pero no se sabe a ciencia cierta cuál es porque en realidad poco interesa (sólo al final, en el lecho de muerte, se le dará el verdadero nombre de pila, Alonso Quijano, el bueno), Cardenio tiene nombre y al igual que el protagonista varios sobrenombres, *Roto de la Mala Figura*, *Caballero de la Sierra*, *Caballero del Bosque*, en tanto que don Diego tendrá además apellido y ostentará el título de *don*, será don Diego de Miranda apodado el *Caballero del Verde Gabán*; a don Fernando no se le atribuye sobrenombre, pero se explicita su nombre y su linaje. El Duque y su esposa sólo serán conocidos por su rango social y siempre se los llamará con su título nobiliario. A diferencia de don Diego, el Duque no será descrito in

extenso sino que el narrador se centrará en sus acciones, en las que secundará a su esposa (en general ideóloga de las burlas) con la única finalidad de divertirse.

El episodio de los duques abarca treinta y un capítulos de los setenta y cuatro de la segunda parte, es decir, poco menos de la mitad de la novela.⁸ Incluye múltiples relatos, en la mayoría de ellos se narran las burlas a las que son sometidos Quijote y Sancho convertidos en lo que Giuseppe Grilli define como “bufones de la Corte” (47). El palacio/castillo de los Duques es el lugar que concentra las dispersas acciones de estos capítulos y les da sentido. Grilli va a llamar justamente a todo el episodio, a esta novela en la novela, “Novela de los Duques” (42). Cervantes es un escritor absolutamente consciente y dueño de su escritura (aún más en esta segunda parte donde se torna crítico de la primera), suponer que este peso cuantitativo es una casualidad no me parece apropiado. A pesar de ser mucho más extenso que el episodio de don Diego, el personaje sólo es descrito a través de sus posesiones (castillo, criados, lecho, telas, mesa, etc.), destacándose el lujo y mencionando las actividades que realiza como la caza o las burlas. Violando las leyes de la hospitalidad, tan caras a la mentalidad heroico-caballeresca, se limita a tramar engaños y burlarse de sus huéspedes con la única finalidad de ocupar su ociosa vida en algo que lo entretenga. Todas las confusiones que sufre el protagonista no son ya fruto de su mente desquiciada sino de una puesta en escena de quienes tienen el poder y los medios para hacerlo. En la primera parte, cuando Dorotea accede a engañar a don Quijote fingiendo ser la infanta Micomicona, lo que se pretende es ayudar al hidalgo llevándolo de regreso a su casa; los Duques en cambio sólo buscan su propio divertimento sin considerar el daño o la vergüenza que pueden causar al huésped y a su escudero.

Hay un episodio en particular de estos treinta y un capítulos al que quisiera referirme: el que gira alrededor de la dueña Rodríguez que según Riley:

desde muchos puntos de vista es el más singular de la novela. A diferencia de todas las burlas y juegos teatrales representados en el castillo, ésta es una historia verdadera. Es decir, doña Rodríguez es genuinamente una viuda y una madre desconsolada, cuya hija ha sido realmente deshonrada por un vecino canalla. (123)

A lo largo de esta “novela de los Duques” se suceden engaños en los que los señores alientan a don Quijote en su locura de caballero andante para divertirse; sin embargo, doña Rodríguez busca realmente su intervención para ayudar a su hija. La joven ha sufrido una situación análoga a la de Dorotea en la novela de 1605. En aquella ocasión será don Fernando, hijo de un duque, quien repare el daño. En este caso, cuenta doña Rodríguez:

aunque el duque mi señor lo sabe, porque yo me he quejado a él, no una sino muchas veces, y pedídle que el tal labrador se case con mi hija, hace orejas de mercader y apenas quiere oírme; y es la causa que como el padre del labrador es tan rico, y le presta dineros, y le sale por fiador de sus trampas por momentos, no le quiere descontentar ni dar pesadumbre en modo alguno”. (II, 28 720)

La última acción de Quijote antes de abandonar el palacio es defender a la engañada muchacha proponiendo un duelo con el agresor al modo de los caballeros andantes. El Duque pone en escena una última burla haciendo que un lacayo suyo, Tosilos, se haga pasar por el amante, pero es burlado cuando el criado se rinde ante Quijote y acepta casarse; se genera un revuelo en torno de la identidad del supuesto enamorado que se resuelve cuando la muchacha afirma “Sease quien fuere este que me pide por esposa, que yo se lo agradezco; que más quiero

⁸ Veintiocho son sucesivos y tres son posteriores (en el capítulo LXVI se encuentran con Tosilos, lacayo del duque, y en los capítulos LXIX y LXX permanecen un par de días en el castillo cuando Quijote y Sancho ya están volviendo a su hogar tras la derrota del protagonista).

ser mujer legítima de un lacayo que no amiga y burlada de un caballero, puesto que el que a mí me burló no lo es” (II, 57 770). Más adelante, en el capítulo LXVII, cuando se vuelven a encontrar Tosilos les cuenta que el Duque anuló la boda, “me hizo dar de cien palos” y que la muchacha fue llevada a un convento.

En el único suceso real de ese mundo de engaños se debe recurrir al caballero andante, porque el duque no quiere oponerse a quien necesita por el poder económico que posee. Contrariamente a lo que sucedió en la primera parte de la novela, el Duque no sólo no soluciona el conflicto, sino que cuando don Quijote logra que la joven se case, anula el final feliz para los jóvenes. De algún modo este breve incidente resume el nuevo imaginario social: la caballería andante no puede resolver nada, los miembros de la alta nobleza que en la primera parte recomponen (como don Fernando) el orden social han devenido ociosos cortesanos rodeados de lujos y criados. El Duque “hace oídos de mercader” no amparando a los más débiles para no contradecir a quien en definitiva detenta el poder: el rico; no recompone el orden social ni permite que otros obren con el altruismo y la preocupación que él ya no posee. Don Quijote deja finalmente el castillo porque le pareció “que era bien salir de tanta ociosidad” (II, 57 771).

Si en la primera parte las palabras desdicha, dolor, desgracia, locura eran repetidas una y otra vez por diversos personajes de esa historia entrelazada entre Cardenio-Luscinda, don Fernando-Dorotea, en este extenso episodio de la segunda parte burla y risa parecen ser los leit-motifs.

Luego de haber analizado los personajes masculinos del estamento nobiliario que considero más relevantes en ambas partes de la novela, es posible establecer algunas conclusiones: tanto en la primera como en la segunda los personajes nobles son una minoría y se encuentran representantes de la alta y baja nobleza. Las diferencias jerárquicas resultan claras, tanto don Fernando (hijo de un duque) como el Duque son los que detentan poder sobre los demás personajes, en un caso para obrar indignamente con una dama y recomponer finalmente el orden social a través del casamiento doble; en el otro para urdir burlas y engaños.

No comparto las afirmaciones de José Antonio López Calle, quien plantea que “lejos de atacar a la aristocracia en el *Quijote*, Cervantes no solo no la ataca sino que nos presenta un retrato más bien positivo de la misma” (9). Considero que los diez años que han transcurrido entre una y otra parte van a producir profundas modificaciones en la representación del estamento nobiliario. Tanto Cardenio como don Fernando encarnan ideales de la antigua nobleza, uno es un enamorado, capaz de abandonar el mundo, recluirse enloquecido en una sierra y actuar de forma hiperbólica como buen caballero. Don Fernando, como hemos dicho, encarna los ideales de una nobleza guerrera y precristiana, pero finalmente actúa como se espera de él.

En la segunda parte, en cambio, los ideales ya no son los mismos. Don Diego, personaje respetable, gentil, hospitalario, padre preocupado, pero alejado de cualquier actitud heroica encarna las virtudes y la mesura que se impondrán años después cuando el Antiguo Régimen llegue a su fin y la burguesía se convierta en la clase dirigente. Su vida en nada semeja, ni lo que es más importante, quiere semejar la de un héroe caballeresco. En cuanto al Duque es el perfecto representante de una nobleza decadente y parasitaria que ha dejado de ser la encargada de defender con las armas el honor y la grandeza de la sociedad, ya no tiene función, el guerrero ha devenido cortesano, la vida de lucha es ahora ocio y diversiones vanas. Es de amplio conocimiento que Cervantes, al sustituir el punto de vista único por el múltiple, consigue mostrar más objetivamente la sociedad de su tiempo en un friso que sirve de escenario a las acciones de un personaje divorciado de ella. En esta novela genial está toda España, con sus grandezas encarnadas en personajes que pierden la cordura por amor y escuderos que pueden gobernar con sabiduría una ínsula, pero también las miserias de un imperio en crisis, donde los otrora representantes de un grupo que debería encarnar las más altas virtudes, el valor, la cortesía, la hospitalidad, han devenido crueles burladores. Inicié este artículo aclarando que una

obra literaria no es un documento histórico pero que sí es el fruto de un momento histórico social determinado. Cervantes redactó la primera parte del *Quijote* durante los primeros años del reinado de Felipe III, años que vieron un viraje dramático en la situación histórica de la monarquía española, y en la política del gobierno, con la llegada al poder de un rey débil y un valido no menos poderoso que codicioso. La segunda, acabada diez años después, alcanza la plenitud del reinado de Felipe III y de la prianza del duque de Lerma, hombre afable, perezoso y amigo de diversiones palaciegas cuyo principal interés consistió en enriquecerse a sí mismo y a su familia.

Cervantes supo plasmar literariamente el espíritu de una sociedad en crisis donde comenzaba a resquebrajarse un imaginario social. En la novela de 1615 hay caballeros que no se preocupan ya por ideales anacrónicos, cortesanos parasitarios y crueles, y un protagonista que derrotado vuelve a morir como Alonso Quijano, el bueno. La derrota final en mucho recuerda la amargura epocal que transmite el soneto *Miré los muros de la patria mía* que Francisco de Quevedo escribía por aquellos años⁹ y que concluye: “Vencida de la edad sentí mi espada/ y no hallé cosa en que poner los ojos/ que no fuese recuerdo de la muerte”.

Obras citadas

Bennassar, Bartolomé. *La España del Siglo de oro*. Crítica, 1983.

Caro Baroja, Julio. “Religión, visiones del mundo, clases y honor en los siglos XVI y XVII en España.” *Honor y gracia*, coordinado por Julián Pitt-Rivers y J.G. Peristiany, 1993, pp. 124-13.

Cervantes Saavedra, Miguel de. *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Edición y notas de Celina Sabor de Cortázar e Isaías Lerner, prólogo de Marcos A. Morínigo, Abril, 1983.

El ingenioso caballero don Quijote de la Mancha. Edición y notas de Celina Sabor de Cortázar e Isaías Lerner, prólogo de Marcos A. Morínigo, Abril, 1983.

Domínguez Ortiz, Antonio. *El Antiguo Régimen: Los Reyes Católicos y los Austrias*. Tomo Tercero de *Historia de España*, Alianza, 1981.

Elliot, John. *Memoriales y cartas del Conde Duque de Olivares*. Edición de J.H. Elliot y J.F. de la Peña, Alfaguara, 1978.

Ettinghausen, Henri. “De edad de oro a edad de hierro: cabreros, caballeros, cautivos y cortesanos en el *Quijote*.” *Edad de Oro XV*, 1996, pp. 25-29.

García Hernán, Daniel. *La nobleza en la España moderna*, Ediciones Itsmo, 1992.

Grilli, Giuseppe. “La corte de los duques *Quijote II* 30-33 (al fondo el ‘Tirante’, el palacio de Constantinopla y sus fiestas).” *La Edad de Oro XV*, 1996, pp. 41-61.

López Calle, José Antonio. “El *Quijote*, sátira de la monarquía y la aristocracia.” *El Catoblepas. Revista crítica del presente*, n.º 80, 2008.

Maravall, José Antonio. *Teatro y literatura en la sociedad barroca*. Crítica, 1990.

Riley, Edward. *Introducción al Quijote*, Crítica, 1990.

Rey Hazas, Antonio. “El *Quijote* y la picaresca: la figura del hidalgo en el nacimiento de la novela moderna.” *La Edad de Oro XV*, 1996, pp. 141-160.

Sabor de Cortázar, Celina. “La sociedad española del 1600 y la literature.” *Revista universitaria de Letras*, 1979.

⁹ Parte de la crítica sostiene que el soneto fue escrito en 1613, otros afirman que Quevedo lo escribió poco antes de morir en 1645. Aparece en el *Heráclito cristiano salmo XVII*, publicado en el *Parnaso español* en 1648.

_____ “Para una relectura de los clásicos españoles.” Academia Argentina de Letras, 1987.

Stoopen Galán, María. “*Don Quijote*, sujeto errante.” *El Quijote desde América*, coordinado por James Iffland y Gustavo Illades, 2006, pp. 357-385.

_____ “Los espacios de la intimidad y la cuestión del linaje”, Coloquio Internacional *Los espacios de la sociabilidad en la narrativa cervantina*, 2009.